

El distintivo del cristiano

2ª Corintios

8.1—9.15

Reputación de honrado

James Thompson

«[...] evitando que nadie nos censure en cuanto a esta ofrenda abundante que administramos» (8.20).

En la vida de la congregación local de hoy día, toda discusión de las finanzas de la iglesia es probable que reciba una de dos posibles respuestas. En una de las respuestas, es probable que oigamos expresiones de resentimiento por las constantes peticiones de dinero que parece estar haciendo la iglesia. La otra respuesta expresa más aburrimiento que resentimiento. Toda discusión pública del presupuesto es, según este punto de vista, una actividad a ser evitada y una intrusión innecesaria en los asuntos más importantes de la iglesia. Detrás de las dos reacciones a toda discusión de las finanzas de la iglesia, reside una forma de pensar no expresada abiertamente, y ésta es que los compromisos financieros de la iglesia son, en el mejor de los casos, una distracción inofensiva para los que les gusta ocuparse de asuntos tan poco espirituales como el dinero y los presupuestos. Según este punto de vista, el dinero y los presupuestos tienen poco que ver con el ministerio de la iglesia.

Segunda de Corintios, la epístola que se dedica principalmente a la defensa del ministerio de Pablo, contiene dos capítulos sobre la ofrenda. Esta ofrenda era aparentemente uno de los compromisos más importantes de todo el ministerio de Pablo. Desde el comienzo de su ministerio, él se había comprometido con la colecta de fondos para los

pobres que había entre los cristianos de Jerusalén (Gálatas 2.10). Él después mencionó brevemente la colecta en su primera epístola a los corintios (16.1–2). Más adelante, cuando escribió la epístola a los romanos, en un momento decisivo de su vida (Romanos 15.22–29), ya habían pasado varios años, y la colecta aún no había sido entregada a Jerusalén. Pero Pablo no había cambiado su decisión de entregarla, pues éste era uno de los proyectos más importantes de su vida. Estaba dispuesto a poner en peligro su propia seguridad personal para llevar la colecta a Jerusalén.

En vista de que la recaudación de la colecta le tomó a Pablo un período de varios años, era evidente que estaba interesado en algo más que el simple alivio de hambrunas. El dinero que procedía de iglesias gentiles, para el beneficio de iglesias judías, había de simbolizar la unidad de la iglesia. Simbolizaba el sacrificio, el amor y las prioridades de las iglesias. Pablo no tenía duda alguna acerca de hablar de dinero, pues él sabía que el dinero nos representa a nosotros —nuestro trabajo y amor. La manera como gastemos nuestro dinero indica qué cosas son importantes para nosotros. Si las iglesias gentiles podían sacrificarse por las iglesias locales de Jerusalén, aquéllas estarían enviando un claro mensaje de preocupación por el bienestar de éstas.

Sobresale de modo especial en 2ª Corintios un ferviente llamado a dar apoyo financiero, pues una parte importante de la epístola insinúa que la integridad de Pablo había sido puesta en duda. A algunos les parecía sospechoso que Pablo no hubiera aceptado dinero de los corintios (11.7–11) para esta obra. Él mismo había elegido sufrir escasez y depender de otras iglesias antes que ser carga a los corintios (11.9). No obstante, llegó el momento en el que tenía que hablar de dinero. Había pasado un año desde que había hecho su primer llamado (8.10). Hace su llamado en los capítulos 8 y 9, no para sí mismo, sino para el gran proyecto de su vida. Tal vez ahora vuelve al tema porque está convencido de que ya hay suficiente confianza para que él pueda pedir dinero a los corintios. Las colectas, la distribución y la contabilidad, actividades que a menudo consideramos aburridas e innecesarias, eran necesarias para su ministerio.

UNA IGLESIA MODELO (8.1–6)

A menudo nos beneficia el tener modelos apropiados. Hay cristianos que por sí solos constituyen modelos del ministerio cristiano y proveen la oportunidad de comprender mejor el significado del servicio. Del mismo modo, toda una congregación puede presentar un reto al servicio auténtico. Puede mostrar qué ministerios son posibles para nosotros, y estimularnos a un mejor servicio. En 8.1–6, la iglesia que estaba en Macedonia es presentada como un modelo de generosidad (8.2) para los corintios (cf. Romanos 15.26). Ellos, al igual que todas las demás iglesias, habían padecido «prueba de tribulación» (cf. 1.7; 1ª Tesalonicenses 1.6; 2.14). Lo que distinguía a los macedonios es que pasaron la prueba de modo sobresaliente.

La iglesia que estaba en Macedonia constituye también un modelo apropiado para la iglesia contemporánea. Nos impresiona en gran manera la intensidad de su compromiso, en el cual «su profunda pobreza» abundó «en riquezas de generosidad» (8.2). Dieron «aun más allá de sus fuerzas» (8.3). A los que pasamos todo el tiempo pensando cómo podríamos motivar a una acaudalada iglesia a dar generosamente, naturalmente nos asombra una congregación que da con generosidad de su gran pobreza. La pobreza de los cristianos de Macedonia, según algunos han insinuado, era el resultado de su dedicación a la causa de Cristo. En una región que era razonablemente próspera, ellos eran pobres. Es probable que algunos hubieran perdido su empleo y fuente de ingreso debido a su compromiso

cristiano. A pesar de ello, daban generosamente.

La palabra que Pablo usa para referirse a la «generosidad» (*haplotes*, 8.2) significaba literalmente «sencillez». La palabra insinúa la «sencillez de corazón» de uno que no tiene motivos impuros (cf. Colosenses 3.22; Efesios 6.5). Cuando se usa para referirse a la ofrenda de dinero, ella da a entender la «generosidad» del que reconoce solamente una prioridad (cf. Romanos 12.8). La palabra indica por qué los macedonios podían dar generosamente de su gran pobreza: se debía a la «sencillez de corazón» de ellos, la cual significaba que no estaban divididos en sus prioridades. Sus prioridades no estaban divididas entre el trabajo de la iglesia y otros afanes. La ofrenda de su dinero reflejaba la prioridad de sus vidas. Los macedonios constituyen, así, un modelo para nosotros, y un recordatorio de que la ofrenda generosa nace de la sencillez de corazón en el afán por alcanzar una sola meta. Los que tienen su atención dividida entre el deseo de mantenerse al día con todas las nuevas ventajas materiales, y su compromiso con la causa de Cristo, sentirán que es imposible dar generosamente, a pesar de su relativa opulencia. Los que tienen una sola prioridad dan de su pobreza.

Tengo la sospecha de que la razón por la que no damos con entusiasmo reside en el hecho de que hablamos de presupuestos, programas, deuda en bonos y obligaciones financieras, del mismo modo que describiríamos cualquier aventura financiera. Este lenguaje nos lleva a considerar que las finanzas de la iglesia se salen de la categoría de «asuntos espirituales». Sobre esto, podemos aprender una valiosa lección de la iglesia primitiva, pues los cristianos primitivos jamás usaron vocabulario fiscal corriente para describir su ofrenda. En particular impresiona que los macedonios rogaron que se les concediese «el privilegio de participar en [aquel] servicio para los santos» (8.4). La colecta no era una simple obligación financiera; era un «servicio para los santos». La palabra griega que se traduce por «servicio» es *diakonia*, la palabra que por lo general se traduce por «ministerio» en el Nuevo Testamento.

«Ministerio» (*diakonia*) era una palabra importante en el Nuevo Testamento. Originalmente, la palabra se refería a un acto de autodegradación, tal como servir a las mesas y servir alimentos. Conllevaba la idea de vivir para otros, tal como un siervo doméstico vivía para su amo. Jesús revistió de dignidad la palabra, cuando vino como siervo de los demás (Mateo 20.28), y cuando exigió que Sus discípulos se sirvieran unos a otros (Lucas 22.26). El distintivo de Sus discípulos había de ser *diakonia*, el desinteresado ministerio de edificarse

unos a otros. Ministerio es el servicio amoroso que se da a los demás (cf. 1^{era} Corintios 16.15; Hebreos 6.10; Filemón 13; 2^a Timoteo 1.18).

Según el Nuevo Testamento, hay muchas maneras de ministrar. La «obra del ministerio» es tarea de toda la iglesia (Efesios 4.12). «Hay diversidad de ministerios», dice Pablo, «pero el Señor es el mismo» (1^{era} Corintios 12.5). Un importante ministerio es la contribución de dinero. Cuando los macedonios quisieron participar en la ayuda para la iglesia que estaba en Jerusalén, ellos vieron un ministerio que edificaría a la iglesia. Cuando Pablo llevó la ofrenda a Jerusalén, él fue a servir a los santos (Romanos 15.25). Hay muchas formas de ministerio en las que mostramos que ya no vivimos para nosotros mismos (5.15). La ofrenda debería ser una manera entre muchas, en la que demostramos que, al igual que los macedonios, nos hemos dado al Señor (8.5).

Si al participar en la ofrenda, estamos «ministrando», hay una razón para que la iglesia no pierda de vista el hecho de que todos los ministerios tienen como propósito servir a otros de algún modo. Cuando ofrendamos, no lo hacemos con el simple propósito de establecer nuevas marcas, ni con el propósito de erigirnos monumentos para nosotros mismos. Todo ministerio tiene como propósito continuar la obra de Aquel que se dio a sí mismo por otros. Muchos de nosotros reconocemos que nuestros ministerios esenciales comienzan con nuestro compromiso de «darnos nosotros mismos»: cuando damos la ayuda especial para las víctimas de una catástrofe, cuando damos para las necesidades y el personal que enseña a nuestros hijos y cuando damos para la obra misionera. Tenemos la posibilidad, al igual que los macedonios, de participar no sólo en programas, comités e informes de presupuesto, sino también en emocionantes ministerios.

UNA PRUEBA DE AMOR (8.7–15)

Los macedonios habían pasado la prueba (cf. 8.2) por medio de demostrar que se habían dado al Señor (8.5). Pablo se dirige ahora a los corintios para pedirles que den «prueba» de su amor (8.7–8). Es como se lee en la NVI: «[...] quiero probar la sinceridad de su amor, comparándolo con el interés de los demás». No basta con decir que estamos completamente dedicados y que nos mueve un profundo afecto, pues el amor siempre se prueba en nuestra disposición a sacrificarnos por los demás. Si no es así, puede convertirse en amor con fingimiento (Romanos 12.9). Pablo ya había demostrado su amor por los corintios en sus muchas

visitas, epístolas y aun noches sin dormir (cf. 2.4; 6.6). Cristo había demostrado Su amor, por medio de renunciar a Su riqueza «por nosotros», para que fuésemos enriquecidos (8.9). El genuino amor siempre se ha hecho visible en verdaderas obras de servicio para los demás. En consecuencia, esto es lo que dice Pablo: «Mostrad, pues, para con ellos ante las iglesias la prueba de vuestro amor, y de nuestro gloriarnos respecto de vosotros» (8.24). Es bueno para la iglesia que tenga un buen modelo para el ministerio, tal como los corintios tenían uno en los macedonios. Pero llega el momento en que debemos *convertirnos en un modelo*, por medio de dar una demostración de que nuestro amor es sin fingimiento.

Cuando leemos el desafío que les planteó Pablo a los Corintios, podemos identificarnos con ellos. La mayoría de nosotros, al contrario de los macedonios, no hemos «pasado la prueba» por medio de despojarnos a nosotros mismos en el servicio amoroso. Los corintios, en medio de sus muchos debates, estaban siendo desafiados a probar que recordaban el propósito de la iglesia. En todas las edades, ha habido algunas pocas grandes iglesias que han recordado que su tarea era seguir el ejemplo de Jesús de «hacerse pobres» por los demás. Las iglesias, al igual que los miembros en particular, son tentadas a «hacerse un nombre para sí», y a ejercer poder e influencia. La iglesia se parece a veces a un club social que existe tan sólo para entretener y para servir de lugar cómodo para su propia gente. Nosotros, al igual que los corintios, enfrentamos la prueba que muchas iglesias han sido incapaces de pasar. Pasamos la prueba cuando replicamos en nuestra vida congregacional el servicio amoroso a los demás que Jesús demostró cuando «se hizo pobre» por nosotros.

PARA EVITAR QUE NADIE NOS CENSURE (8.17–24)

Los que piden ofrendas, por lo general caen bajo la sospecha de que se están aprovechando de lo que otros dan con sacrificio, con el fin de enriquecerse a sí mismos. Esta sospecha se fortalece a menudo por los escándalos que implican a organizaciones religiosas. Los medios de comunicación por lo general informan de que organizaciones religiosas, a las cuales se les ha eximido del pago de impuestos, usan el equipo más sofisticado para recaudar fondos. Después, una parte importante de este ingreso es usado para recaudar más fondos. En muchos casos, pareciera que el único propósito para el cual la organización existe, es el de recaudar fondos. Se gasta más en la recaudación de fondos que en cualquier servicio.

El ministerio legítimo no puede esquivar la sospecha de que son objeto los vividores. Pablo está plenamente conciente de la sospecha que suscitaría esta «ofrenda abundante» (8.20). ¿Cómo podía el observador casual, sin hablar del que ya había puesto en duda la integridad del apóstol, estar seguro de que el ministerio de Pablo era legítimo? Parece que no se atrevía a correr riesgo alguno en un asunto tan importante como su integridad para administrar dinero. No administra el dinero él solo. Envía a Tito, cuya dedicación ya se ha demostrado en circunstancias difíciles (7.5–16), a los corintios. Tito es acompañado por uno que es identificado tan sólo como el «hermano cuya alabanza [...] se oye por todas las iglesias» (8.18) por su predicación. Que el hermano era digno de confianza se indica por el hecho de que fue especialmente designado por las iglesias que depositaron su confianza en él. Un tercer acompañante se identifica simplemente como «nuestro hermano» (8.22). Éste también ha «sido probado, y se ha hallado que es de carácter serio» (NASB). Todos los anteriores son «mensajeros de las iglesias» (8.23), hombres cuya integridad no ha sido puesta en duda.

En 8.20–21, Pablo explica por qué tomó precauciones tan extremas para administrar el dinero de la iglesia. Así lo traduce la NVI: «Queremos evitar cualquier crítica sobre la forma en que administramos este generoso donativo» (8.20). Pablo sabía que no bastaba con que el auténtico ministro actuara con integridad; tampoco debía dejar duda acerca de su integridad (cf. 8.21). Usando un lenguaje parecido, dijo en 6.3: «[...] para que nuestro ministerio no sea vituperado». En 8.19–20, Pablo reconoce que su ministerio supone la administración de dinero. De hecho, el verbo *diakoneo* («ministrar») es usado en ambos versículos, en los que se traduce por «administrar». Toda la iglesia puede formar parte de un ministerio, pero algunos tienen el ministerio de recoger y distribuir fondos.

La iglesia necesita reconocer la validez de las palabras de Pablo cuando dice: «[Procuramos] hacer las cosas honradamente, no sólo delante del Señor sino también delante de los hombres» (cf. Proverbios 3.4). Los que instamos a otros a darse a sí mismos mediante generosas ofrendas, tenemos la responsabilidad de eliminar toda duda acerca de la integridad de los que administran dineros, y acerca de la eficiencia de nuestros métodos para recogerlos y distribuirlos. Una iglesia que tiene reputación de que administra fondos de manera irresponsable, suscitará el cinismo que destruye el espíritu de generosidad para dar. Una iglesia que

tiene la reputación de gastar el dinero de otros de un modo imprudente, también destruirá el deseo de formar parte del ministerio de la ofrenda. De modo que hay un legítimo ministerio para los que tienen la capacidad de llevar registros, de mejorar los procedimientos contables de la iglesia y de informar a los demás, de la manera como se está gastando el dinero. Estamos pasando por alto un importante aspecto de nuestra fe cuando dividimos el trabajo de la iglesia en categorías, tal como lo espiritual y lo material. Pablo se vio a sí mismo como un «ministro» que administraba fondos. Un ministerio legítimo evita caer en descuidos que podrían suscitar dudas acerca de su prudencia y honradez.

ESTE SERVICIO PÚBLICO (9.1–12)

Un ministerio que fracasa después de un comienzo lleno de entusiasmo, puede desmoralizarnos. Tal fracaso puede ser causado por circunstancias y cuestiones que nos parecen más urgentes que el ministerio que hemos planeado. El papel de los corintios en la colecta, es un ejemplo de la manera como ministerios legítimos pueden ser pasados por alto por un tiempo. Dos veces les recuerda a sus lectores que este ministerio especial de ellos continuaba sin cumplirse después de un año de espera (8.10; 9.2). Les recuerda que no basta con hacer grandes planes; la gran tarea consiste en llevar a cabo los planes que se han hecho. Les anima a estar «[prontos] en cumplir conforme a lo que [tenían]» (8.11). Muchas iglesias hacen audaces planes, pero pocas siguen con lo planeado hasta cumplirlo.

Es más fácil soñar con nuevos proyectos que mantener el compromiso con los antiguos. Cuando explicamos los nuevos proyectos, hallamos que es más fácil describir con términos llenos de entusiasmo lo que es posible. Pero cuando hacemos un llamado a comprometernos con un antiguo ministerio, debemos decir juntamente con Pablo: «Cuanto a la ministración para los santos, es por demás que yo os escriba» (9.1). El versículo se podría traducir para que diga: «Es por demás que les siga escribiendo [...]». El ministerio (*diakonia*, 9.1) había sido explicado anteriormente, no había nada nuevo en él.

¿Cómo mantenemos un ministerio que ha perdido su novedad? Sospecho que, a medida que Pablo escribe a los corintios, él teme que lo vayan a avergonzar delante de las demás iglesias. Después de un año, el proyecto tiene ahora carácter de urgencia especial (9.4). Comienza a animarlos recordándoles que la colecta es un «ministerio» o «servicio» (9.1). Luego prosigue para decirles a los corintios que su compromiso del pasado, con

este ministerio ya había «estimulado» a los macedonios. La iglesia que estaba en Macedonia, aquel gran modelo de ministerio sacrificial (8.1-7), ¡fue originalmente «estimulada» por el ejemplo de los mismos corintios (9.1-5)! Las iglesias aprenden unas de otras. En diferentes momentos de la vida de una congregación, ésta puede alternar entre ser un buen ejemplo y seguir un buen ejemplo. Desde el momento en que Jesús nos dio el ejemplo del servicio como un estilo de vida, hemos aprendido unos de otros.

Los ministerios mejoran con la buena memoria. La memoria puede recordarnos la buena influencia que una vez tuvimos. Recordamos que nuestro ejemplo animó a otros. Sería desmoralizante, por lo tanto, renunciar a un ministerio al que alguna vez le dimos dirección.

Los macedonios son ahora el modelo para los corintios. En 8.2, Pablo describió la abundante generosidad de ellos. La misma palabra que significa «sencillez de propósito» (*haplotes*), es ahora empleada para hacer los llamados a los corintios, en 9.11, 13, donde se traduce por «liberalidad». Es como si Pablo dijera: «Llegó el momento de que ustedes muestren la sencillez de compromiso que los macedonios mostraron». La participación de ellos en este acto de servicio era una manera de enviar señales a todo lugar en el sentido de que las prioridades de ellos estaban firmemente fijadas. El énfasis en dar con alegría (9.7) nos recuerda el gozo del hombre de la parábola de Jesús, que vendió todo lo que tenía para comprar el campo donde había un tesoro (Mateo 13.44). Damos «escasamente» (9.6) cuando nuestras prioridades no han sido fijadas. Cuando somos sencillos podemos ser dadores alegres (9.7).

Nada suscita una respuesta generosa tan claramente como el reconocimiento de que nuestro sacrificio tiene un buen propósito. La terminología de Pablo al referirse a la colecta no deja duda alguna acerca de su verdadero propósito. En 9.12, la expresión: «la ministración de este servicio», es usada para describir la colecta (*diakonia tes leitourgias*). Las dos palabras son prácticamente sinónimas, y nos recuerdan el significado que tenía para Pablo la colecta. *Diakonia* se usó para referirse a toda ministración a los demás, incluyendo la ministración de dinero. *Leitourgia* se usó principalmente para referirse a actos de servicio público. En Romanos 15.27, se usa para referirse a los que eran «de servicio» en la colecta. La misma palabra se usa en Filipenses 2.30, donde Pablo dice que Epafras

«[expuso] su vida para suplir lo que faltaba en [el servicio de los filipenses por él]».

UNA PROMESA PARA EL DADOR (9.12-14)

¿Cuál será el resultado de este ministerio de la ofrenda? No deseamos que este ministerio se desgaste sin dar señales de éxito. Cuando pensamos en las muchísimas invitaciones a dar y en los legítimos ministerios de los que tal vez deseáramos ser parte, es seguro que se nos recordará que nuestros recursos son tan escasos que difícilmente harán que las cosas cambien. Los pocos recursos de nuestra congregación difícilmente podrán evangelizar la nación. Los corintios deben haberse planteado interrogantes parecidas acerca del impacto de su pequeña contribución al servicio de Jerusalén. Pablo responde a estas dudas con un recordatorio de lo que Dios puede hacer con nuestros recursos. Del mismo modo que el labrador confía en que su cosecha será mayor que lo que sembró, nuestro ministerio es tan sólo una «siembra de semilla» (9.6). Es Dios, y no nuestros recursos, el que garantiza una buena cosecha (9.10).

Cuando los discípulos de Jesús fueron enfrentados con cinco mil personas con hambre, los dejó anonadados el desafío que les presentó Jesús: «Dadles vosotros de comer» (Marcos 6.37). Era obvio que sus recursos eran insuficientes para esta importante empresa. Pero Jesús tomó los insignificantes recursos de ellos y alimentó a la multitud. El resultado fue que «comieron todos, y se saciaron» (Marcos 6.42). Una vez que estuvieron en Sus manos, los limitados recursos fueron multiplicados para la gloria de Dios. Pablo dice que esto también sucede con nuestros ministerios. Cuando servimos, no solamente servimos a otros; también, nuestro sacrificio es contagioso, pues, «abunda en muchas acciones de gracias a Dios» (9.12). La gracia de Dios está activa cuando compartimos lo que tenemos (9.14).

CONCLUSIÓN

Aunque el seguir escribiendo y hablando de dinero parezca ser «por demás» (9.1), Pablo sabía que esto tiene cabida en medio de los discípulos auténticos. Cuando hablamos solamente de programas y presupuestos, perdemos de vista los ministerios y nos olvidarnos de «darnos nosotros mismos», por medio de dar lo que tenemos a otros. En el momento que nos sacrificamos por los demás, demostramos que hemos encontrado la «sencillez de corazón» y la prioridad de nuestras vidas. ◆